

PARA EVANGELIZAR SE NECESITA ORACIÓN, LIMOSNA Y AYUNO¹

La evangelización que pide hoy nuestro tiempo, solamente se puede realizar con un nuevo talante evangelizador: < nuevo ardor, nuevos métodos y nueva expresión > (San Juan Pablo II); nuevo celo apostólico, nuevo fuego y enardecimiento por la gloria de Dios y por la salvación de todos los hombres: “Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué de la salará? Ya no sirve más que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5, 13-16).

Para realizar la nueva evangelización se necesita estar en contacto con la luz verdadera que es Jesucristo, necesitamos hombres y mujeres dispuestos a brillar en medio del mundo, que anuncien la misericordia de Dios: “Necesitamos artistas del trato íntimo con Dios” (Card. Carlos Osoro). < Sean acogedores, sean acogedores, sean testigos de la profecía del Evangelio, pero sobre todo sean mujeres y hombres de oración, porque la historia y futuro dependen de ello > (Papa Francisco).

Dejarse educar el corazón por Jesucristo, dejarse educar en la confianza por Jesucristo, dejarse educar en la mirada por Jesucristo, dejarse educar en el despojo de todo porque encuentra la riqueza en Jesucristo, dejarse educar en la libertad de corazón, dejarse educar en el abandono de sí mismo al Padre, dejarse educar en el sentido de la cruz (cf. Card. Carlos Osoro):

“La oración nos libera del lastre de la mundanidad, nos enseña a vivir de manera gozosa, a elegir alejándonos de la superficialidad, en un ejercicio de verdadera libertad. En la oración crecemos en libertad, en la oración aprendemos a ser libres. La oración nos saca de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una experiencia religiosa vacía y nos lleva a ponernos con docilidad en las manos de Dios para realizar su voluntad y hacer eficaz su proyecto de salvación. Y en la oración, yo les quiero aconsejar una cosa también: pidan, contemplan, agradezcan, intercedan, pero también acostúmbrense a adorar. No está muy de moda adorar” (Papa Francisco).

El mundo de hoy es muy sensible a la pobreza, sobre todo a la pobreza de necesidad; unos miran sin dejarse interpelar y otros ven y reconocen en el otro al hermano necesitado. La lucha contra la pobreza para un cristiano es una obligación, la obligación de socorrer al pobre: practicar la limosna compartiendo los bienes que tenemos, poner los medios que se tengan para su erradicación y saber denunciar las injusticias que fomentan la pobreza.

Jesús no dejó de condenar a quienes viven para atesorar bienes materiales: “no se puede servir a Dios y al dinero” (Mt 6, 24). Jesús recomendó la limosna; nos

¹ Boletín Camino a Betania. Boletín número 78. Año XIX. Tiempo Cuaresma Ciclo B. Febrero del A.D. 2024.

advirtió con el juicio final de que nuestra salvación dependerá del amor que hayamos dispensado a esos “pequeños” que padecen necesidad.

También existe una pobreza de conveniencia; Jesucristo la colocará en el centro de la vida moral, haciéndose Él mismo pobre “por amor nuestro, para que fuésemos ricos por su pobreza” (2 Cr. 8, 9). La predilección de Jesús por los pobres la hallamos en las bienaventuranzas: “Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5,3). Aprender a amar la pobreza; el hombre no solo < posee > las cosas, sino que al estar unidas a su propia existencia, acaban adueñándose de su alma: la virtud de la pobreza es el mejor instrumento que tenemos para combatir la lacra de la pobreza. El camino de la felicidad pasa por la austeridad (sabiduría de Epicleto): < Cuanto más tiene, más quiere, y así no se da por satisfecho > (Dicho popular).

Para los cristianos el ayuno es fundamental como medio ascético y penitencial para alcanzar un bien espiritual, personal o comunitario; el ayuno se puede practicar por exigencias del culto, como en el caso del ayuno eucarístico, o por exigencias de vigilancia espiritual.

En algunos casos el ayuno se hace como reacción al desmesurado consumismo o por solidaridad con los pobres; el ayuno es un estímulo para compartir: educa en el olvido de sí mismo y abre el corazón a los demás. Los apetitos desordenados que escapan a su control y dificultan el crecimiento y la maduración espiritual, favorece la vigilancia cristiana y dispone a la recepción de la ayuda que viene de Dios: “No améis ni el mundo ni las cosas del mundo [...]: porque todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, no viene del Padre, sino del mundo” (1 Jn 2, 15-16).

Lo esencial en el ayuno, es el fin que persigue, y no el ayuno en cuanto tal, que es siempre un medio: hecho por amor a Dios, el ayuno despierta en el hombre disposiciones interiores a la acción de la gracia: recuerda que “No sólo de pan viven el hombre” (Lc 4, 4), ayuda a vivir la experiencia del límite y de la precariedad del propio cuerpo, como de una fuerza nueva que se libera gracias a este ayuno. El ayuno nos lleva a fortalecer la voluntad, nos hace ver nuestra fragilidad y la necesidad del auxilio de Dios.

Santiago Bohigues Fernández
Director del Secretariado de Espiritualidad
de la Diócesis de Valencia.